

Anhelando e Inclinándonos en el Misterio

Algunos años quitábamos las decoraciones navideñas a mediados de enero luego de que terminaba la Temporada Navideña con la Fiesta del Bautismo del Señor; algunos años no las quitábamos hasta el 2 de febrero, la Fiesta de la Presentación. Quiero pensar con el corazón y con la mente de la Iglesia, pero mis propios instintos me hacen ver la Presentación de Jesús como se describe en Lucas 2:22-40 (un pasaje que aparece tanto en la Temporada Navideña como el 2 de febrero) como un cierto tipo de extensión del misterio de la Encarnación de Cristo. Quisiera reflexionar sobre este maravilloso Misterio de la presentación ante Simeón y Ana a la luz de nuestro propio llamado diocesano y personal a bendecir y a dejar lo que nos depara en manos de otros cuando se nos descubre el misterio de Dios al revelarse en nuestras vidas.

Ya avanzados en años, Simeón y Ana son extraordinarios por varias razones, y la menor de éstas no es su larga vigilia de expectativa y anhelo – no simplemente durante semanas o meses, pero incluso por décadas o hasta generaciones. Su continua esperanza no se veía opacada por la decepción o amargura cada vez que una familia se presentaba en el templo para el ritual de la purificación, la cual puede compararse con las familias católicas que presentan a sus hijos en el bautismo. Simeón y Ana no miraban con cansancio a cada niño que precedió a Jesús diciendo, “No, ese no. Dios, me has decepcionado una vez más.”

Por el contrario, a pesar de su edad cronológica, yo creo que mantenían un sentido casi infantil de maravilla, considerando al mundo y a cada persona como una instancia de la bondad y generosidad de Dios, reflejando la gloria de un Dios que ama la vida. Ellos eran “luminarios” en el sentido que lo describe David Brooks en su reciente libro, *Cómo Conocer a una Persona: el Arte de Ver Profundamente a los Demás y de Ser Visto Profundamente*. Brooks dice, “Los luminarios ven que toda y cada criatura posee un alma inmortal – un alma de valor y dignidad infinitas.” Para los luminarios, continúa, “puedes estar charlando con alguien sobre el clima... pero a la vez están conscientes de que cada persona tiene una chispa trascendental dentro de ella – la base de nuestra igualdad, aunque no seamos iguales en poder, inteligencia, o riqueza” (Brooks, página 31).

Más allá, los luminarios generan “admiración – ver a los demás como las criaturas preciosas que son” – no por lo que no son. Desde esta actitud siguen con una paciencia y con el don de la presencia genuina, como el misterio que revela cada niño, cada mujer y cada hombre (ibid. 205-6).

Habiendo dicho esto, algo maravilloso y sin precedente sucede cuando María y José y Jesús se presentan en el templo. El Espíritu Santo mueve a Simeón y a Ana a reconocer que el niño es uno con el Espíritu Santo por quien su madre concibió. El niño no es solamente un reflejo de la gloria de Dios; él es la gloria de Dios que se revela de forma humana. Él no es

simplemente un digno inquilino del templo; él es El Santo que purifica y renueva el templo en la mansedumbre y el misterio de su pequeña persona.

El niño Jesús tal vez no pueda levantar su mano en señal de bendición, como lo señala el Papa Francisco, “Esta no es la Sagrada Familia de las tarjetas sagradas.” Pero aquellos que tienen el privilegio de tomarlo entre sus brazos reciben una profunda bendición. La Sagrada Familia da gracia, ilumina, consuela y consagra a todas las familias en todas las generaciones.

Se cumple el deseo de Simeón lo que le significa la paz. La fidelidad de Ana como viuda quien alaba y no se queja ni se lamenta, le permite dar gracias incluso en la vida difícil y de pérdida que le ha tocado vivir. Esta es la gracia por la que ruego que todos podamos vivir: que sepamos que la paz de Simeón que le liberó para seguir en lo que Dios le tenía destinado. Buscamos el favor de Ana, cuya constancia y ayuno – de tener un esposo con quien llegaría a la vejez – no renunció a sus oraciones, su capacidad de dar gracias a Dios con un corazón receptivo a lo que la vida le deparaba, a todo lo que estaba más allá de su control. Todo esto, incluso cuando las líneas que separan lo que Dios le envía y lo que se debe a la fragilidad y falibilidad humana parecen a veces desvanecerse.

Juntos, Simeón y Ana crean una atmósfera de hospitalidad donde la gente deja de lado sus temores, sus debilidades e intercambian historias y cambian la confianza de que el misterio y la misión que Dios tiene planeada prevalece más allá de las apariencias (Brooks, pág. 249).

Ana y Simeón fortalecen las vocaciones, de las cuales María y José son guardianes y no dueños, de su hijo. Ellos deben crear una cultura de familia en donde su hijo está abierto a cualquier cosa que Dios le proponga – incluso si su voluntad es llamarle a un espíritu de desprendimiento, porque para vivir y amar libremente de esta forma, abre a unos y a otros al sufrimiento. Como lo declara Simeón, el niño Jesús será tanto una luz gloriosa ante todos los pueblos Y una señal de contradicción. Él presentará la espada del Espíritu y el verbo que atravesará no solamente los corazones de sus padres, sino todos los corazones.

Como protector y guardián, no como dueño del misterio de Cristo, siento que el llamado que tenemos a ser como María y José, y como Ana y Simeón, en nuestra apertura al misterio del plan de Dios para nuestra Diócesis. Algunas veces el peregrinar de Dios con nosotros puede no llevarnos a donde naturalmente deseamos ir. Ahora que estamos comenzando un proceso de planeación pastoral más intencional y que pronto implementaremos nuestra visión estratégica diocesana, y a pesar de nuestra en veces estéril fe, estamos comprometidos a sacar adelante lo que las figuras sabias y proféticas como Simeón y Ana deben representar.

Porque el Jesús que se nos presenta en Verbo y Sacramento y cuando ambos establecen un templo que no fue hecho por manos humanas. Él pide que nuestras manos y que nuestros corazones permanezcan abiertos al misterio y a la misión que aún están por revelarse. Esta misión debe renovarse y discernirse frecuentemente para que la promesa que se presentó en el templo, una promesa que se revela plenamente en la persona del niño Jesús puede cumplirse en la vida de cada persona, de cada hogar, sin importar la edad, el origen étnico, o posición en la historia de la salvación. Que la oración de Simeón, la cual concluye la oración de la hora final de cada día litúrgico al entregarse a la invitación de una noche de misterio, sea nuestra propia

oración, para que incluso al enfrentarnos a renunciar a algo o a seguir adelante, podamos tener paz.

“Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.” ¡Amén!